

RESEÑA

SEMILLA DE CRÁPULA

EVELYN MAC DERMOTT
TOMÁS CARDÍN

FERNAND DELIGNY
Semilla de crápula

Consejos
para los educadores
que quieran cultivarla

Acompañado por:
CESAR GONZÁLEZ
COLECTIVO JUGUETES PERDIDOS
DIEGO VALERIANO



dis pares CACTUS TINTA LIMÓN  Cactus

FERNAND DELIGNY: SEMILLA DE CRÁPULA. CONSEJOS PARA
LOS EDUCADORES QUE QUIERAN CULTIVARLA, BUENOS AIRES:
TINTA LIMÓN, 2017.

En 1943, en el contexto de una Francia ocupada por las fuerzas del Eje, Fernand Deligny comenzó a escribir *Semilla de crápula*. En este momento se desempeñaba como director pedagógico del Centro de Observación y Selección de Lille, destinado a jóvenes inadaptados y delincuentes. Previo a ocupar este cargo, el autor trabajó en hospitales psiquiátricos, fue profesor de niños catalogados como “conflictivos”, “retrasados” e “idiotas”, y coordinador de una red de contención para niños autistas.

Las reflexiones, anécdotas, meditaciones y aforismos que se presentan en este trabajo no surgen de una experiencia académica, sino de un contacto día a día de su autor con los denominados “pibes-problema”. Deligny recompone ese vínculo cotidiano desde una escritura que contiene el pulso urgente de lo que allí está sucediendo, y que propaga el “estado de agite” de esos cuerpos silvestres, desde un estilo realista, feroz y afectado, que exhibe los nervios, ánimos, dolores, olores, y movimientos incesantes que allí se dan. Por otra parte, en esta edición de Tinta Limón, a los fragmentos escritos se le suman las ilustraciones del autor. Son dibujos de cuerpos imposibles de identificar, en estado de dispersión, como manchas errantes que han confluido en un trayecto común, marcado por el ritmo de las exigencias sociales y el disciplinamiento institucional.

En esta edición, a los consejos y reflexiones de Deligny se le suman otros tres apartados. El primero de ellos escrito por César González, director de cine y escritor, en el cual trabaja sobre los modos en que las figuras institucionales se desempeñan en lo que han sido burdamente denominados como “territorios”, en los cuales estos interventores suelen verse desbordados por la potencia gestual y la creatividad léxica de los pibes a los que se supone que tienen que “ayudar”. Luego, el Colectivo Juguetes Perdidos (Leandro Bartolotta, Ignacio Gago, y Gonzalo Sarrais Alier), aborda las posibles alianzas a establecer con esas potencialidades “en raje”, a partir de preguntas que alteran el carácter moralista y victimizante con el cual se suele intervenir discursivamente sobre los “crápulas”. En el apartado final, Diego Valeriano propone una serie de nuevos modos de recorrer la escuela pública, entendiéndola como un espacio hecho por los pibes y pibas a partir de su inventiva y sus alianzas, las cuales hacen explotar las expectativas y proyecciones adultas.

Luego de una breve introducción en la que el autor señala que sus escritos (“aforismos, fórmulas, formulitas, charadas, cantinelas, y paradojas”), conforman una especie de guía aparentemente inconducente para aquellos que quieran ayudar a esos niños situados en escenarios agitados, o sea, en la que plantea una escisión entre la escritura y lo que “pasa allí abajo”, nos adentramos a sus ciento treinta y seis fragmentos de meditación sobre su experiencia con los “crápulas”.

Los “semilla de crápula”, que también son “semilla de hombre”, son además los “pibes-problema”, es decir aquellos que pasaron por múltiples crianzas y por todo tipo de instituciones de encierro y rectificación. Son esos que luego de conocerlos

probablemente te hagan sentir indulgencia por aquellas personas que no pudieron o no supieron como criarlos. A su vez, Deligny señala como en la apatía, la frialdad y el desánimo de esos pibes se advierten los rastros de su crianza, ya sea la de su madre, sus abuelos o la de los grises muros de un orfanato. Sin embargo, el autor también remarca la existencia de lo diverso en los espacios por los que transita y en los que escribe. Comenta que allí están: los pibes indiferentes ante cualquier valor y “los obedientes por entregados”, como también aquellos con una vivacidad incontrolable y los astutos para lo delictivo, pero en todos ellos reconoce un denominador común: “...su corazón lleno de buenas intenciones un poco deformes” (p. 48). En ese encuentro con lo amorfo, sostiene Deligny, las divisiones morales no tienen lugar. No solo son síntoma y continuidad de los etiquetados sociales, familiares, e institucionales, sino que desconocen los modos en que los pibes advierten sus propios trayectos pasados y posibles, a partir de la distinción entre “...los que son atrapados y los que no” (p. 25).

Por otra parte, el autor disemina todo tipo de pistas y recorridos posibles en torno a la “intervención”. En principio, Deligny le confiere un lugar decisivo en esos escenarios dónde los ánimos de los niños oscilan entre la abulia y la desmesura. Así como sugiere “... hacer que el agitado ocupe útilmente su agitación y enseñar al dormido a trabajar durmiendo...”, también propone asumir una postura de desconfianza frente al poder de las palabras. En lugar del sermón y de los protocolos discursivos, la disciplina que ofrece lo lúdico. Cantar, contar una historia, imitar gritos de animales o dibujar, para el autor, son las acciones relevantes. En el fin de la punición comienza la educación. Hacerlos jugar es el trabajo verdadero.

Además de la idea de romper con la espiral de severidad y con la concepción de la intervención entendida como sinónimo del accionar de un clérigo, Deligny sostiene la importancia decisiva que implica abandonar el ejercicio del “oficio de planchadora” que el universo adulto ejerce sobre los pibes. El autor afirma que dicho oficio suele ser puesto en práctica de manera indiferente por los adultos sobre los jóvenes y se basa en intentar volverlos adaptados, insertos, comprometidos o hasta “críticos” desde una lógica que responde a las expectativas de ese mundo detenido. O también de catalogarlos de amenazantes, es decir, de convertirlos en “proyectos de crápulas”. A diferencia de esto, Deligny sabe que “hay los pibes que hay”. No hay “educandos” o “niños-proyecto”, y los adultos debemos tener presente de que éramos capaces de hacer cuando teníamos su edad. De allí la relevancia de superar la postura del domador y la asunción de una posición de defensa permanente, frente a los crápulas que a su corta edad ya cuentan con un recorrido por instituciones de encierro, así como un expediente adornado de descripciones degradantes sobre sus modos de existir. Pero Deligny no duda: “...mucho mejor, el trabajo está a medio a hacer” (p. 27). La indignación es a la vez un obstáculo epistemológico y práctico, puesto que impide sumirse del modo en que las circunstancias lo exigen, es decir, “sin armas, sin coraza, sin castigos y sin recompensas”. Solo de este

modo, señala el autor, será posible realizar las tareas decisivas del trabajo con los crápulas: contagiar entusiasmo y volver asimilable el esfuerzo, los juegos, la alegría y el compañerismo, es decir, “lo humano” (p. 44).

El segundo apartado del libro titulado “El conflicto eterno entre los unos y los otros”, está a cargo de César González. Su escritura, al igual que la de Deligny, se produce en el núcleo de los acontecimientos. En la palpitación de su escritura y lo certero de sus palabras se aprecia que sus reflexiones surgen de un conocimiento personal de lo que implica vivir en la Villa (puntualmente la Carlos Gardel), y de los rastros que las distintas instituciones de encierro por las que pasó dejaron sobre él.

González da comienzo a su apartado poniendo en cuestión la idea del carácter inherentemente beneficioso de la educación. La idea según la cual para cualquier problemática social la solución es “más educación” anula la pregunta por el modo de operar actual del sistema educativo, así como la visión de la realidad que este consolida. En este sentido, González sostiene que la educación reproduce la visión del mundo capitalista, y que en su práctica concreta funciona como una maquinaria de subestimación, normalización y banalización de la potencia humana. Dichas operaciones se vuelven aun más virulentas cuando se producen en los denominados “contextos de vulnerabilidad social”. A partir de la identificación de estas lógicas, el autor desarrolla una mirada crítica sobre dos cuestiones centrales: los modos en que las figuras educativas institucionales se relacionan con los pibes de los barrios populares, y la complejidad que implica la categoría sociológica de “territorio” al momento de pensar como intervenir en esos espacios.

Respecto a la relación entre los agentes institucionales con los pibes que habitan y transitan los denominados “territorios de la marginalidad”, González remarca varios inconvenientes. En principio señala que usualmente las figuras que arriban a los barrios, villas o instituciones de encierro suelen plantear una distancia inicial con aquellos a los que se supone que quieren ayudar. A la inhibición que genera la presencia de esas figuras de autoridad, se le suman las operaciones de disciplinamiento y corrección que estas desempeñan, a partir de la desarticulación de la belleza léxica, gestual y expresiva de esos pibes hundidos en los peores escenarios. De este modo, sostiene que lo que se produce allí, más que una mera inhibición, es un profundo auto-rechazo, una operación de rendición y sumisión, es decir, un complejo fenómeno de orden político y moral. Simultáneamente, las figuras institucionales, como agentes que se adentran en los territorios de la pobreza, la segregación y la marginalidad suelen autopercebirse como héroes encargados de realizar una tarea que linda con lo intolerable.

En cuanto al concepto de “territorio”, el autor afirma que se trata de una terminología políticamente correcta, la cual deshace el valor autóctono y de auto-reconocimiento de los términos como “barrio” o “villa”, además de generar una representación distinta de

lo que efectivamente ocurre en esos lugares. Antes que nada, sucede que los que ayudan también son ayudados. Su presencia en los barrios les permite dismantelar prejuicios, racismo, y preconceptos violentos sobre sus habitantes. Por otro lado, en esos lugares donde abundan la desgracia, la muerte y la miseria, se construyen modos de existencia en los que las pasiones tristes no tienen lugar. Ante la constante adversidad, y las permanentes ridiculizaciones y condenas provenientes desde afuera, surge una esperanza milagrosa (p. 58).

Para superar estos escollos, González sostiene la importancia de suspender la visión moralista y activadora de operaciones admonitorias sobre los pibes, para poder aprender a soportar y mantener encendida sus fuerzas vitales. Permitirles maldecir, insultar, y gozar de sus destrezas léxicas y físicas de resistencia resulta fundamental para desarticular las intervenciones institucionales de manual, las cuales suelen basarse en una dinámica de “tratamiento de la víctima” o de “darle voz a los que no tienen voz”. Debido a esto, será crucial, construir un vínculo en el que se reconocen las condiciones materiales y simbólicas desde la cuales se parte. Asimismo, reconocer el mutuo intercambio de conocimientos y saberes, hará posible la configuración de una relación entre las figuras institucionales y los pibes en las que ambas partes puedan elevar sus potencias mutuamente.

“San Deligny” es el título que lleva el apartado escrito por el Colectivo Juguetes Perdidos. Esa canonización/ santificación del francés no responde a un sentimiento de lejana reverencia, sino a la consideración de Deligny como un “amigo francés no afrancesado”. Los integrantes del Colectivo sostienen que la fuerza de la escritura del francés se debe a que esta se produce “en presencia”, es decir, soportando lo que acontece en los territorios sin establecer una distancia profesional o imponer algún tipo de vidrio antropológico. Sus escritos, afirman los autores de este apartado, “huelen”. En sus palabras se percibe “...el tufo de las cosas con las que se involucró y lidió (...), el inconfundible olor a naturaleza silvestre de los cuerpos insoportablemente vivos de los pibes (...) y el perfume nauseabundo del mundo adulto en descomposición...” (p. 66).

Por otra parte, el Colectivo identifica a la escritura de Deligny como parte de las “intensidades huérfanas” y de las “soledades políticas”. En principio existe un rechazo de época que expulsa a quienes con sus preguntas y consideraciones ponen en situación tambaleante a los consensos políticos, los valores morales y los modos de existencia consolidados. Sin embargo, también identifican en Deligny una “soledad conquistada” que se resiste a los manoseos y los mandatos intelectuales. Deligny se entrega al devenir del encuentro con los marginales, delincuentes, autistas y vagabundos, y se expone a todas las afecciones sin resguardos, pero siempre dispuesto a contagiar algo de su propio entusiasmo, y evitando el “buenísimo careta” desde el cual suelen prefijarse roles y jerarquías. Su escritura da cuenta de la permanente búsqueda de esa “alianza insólita”

que se opone a la clásica operación academicista de hacer que todo sea legible a partir de una captura de los cuerpos y una esterilización del lenguaje. Deligny sabe que no hay que rescatar nada ni a nadie. La investigación se da junto a esas fuerzas ambiguas, sucias, amorales, rapaces, las cuales también están afectadas, y desde esa vulnerabilidad también pueden actuar, interpretar o *rajar* (p. 70).

Desde su propia lectura de los trabajos de Deligny, los integrantes del Colectivo proponen repensar la idea de “intervención”. En algunas ocasiones, sostienen los autores, hay que aguantarse las ganas de intervenir, soportar los silencios, las palabras y los gestos, aunque atenten contra nuestros saberes o irriten nuestros ánimos. Esto permitirá una verdadera apuesta por una forma de vida que rompa con el común denominador de ese mundo adulto que oscila entre la obvedad y la petrificación. La alianza con las fuerzas silvestres es visceral, fisiológica y realista, ya que no solo estamos con los pibes y pibas porque nos preocupan sus vidas, sino porque necesitamos de sus intensidades vitales y anímicas. A su vez, escribir recuperando el estado de agitación que produce ese encuentro, implica un acto de justicia con los crápulas, desangelados e inadaptados, al dar conocer sus palabras y sus memorias, pero también para con nosotros mismos como partícipes de ese vínculo (p. 75).

El libro concluye con un breve apartado final escrito por Diego Valeriano, en el cual trabaja sobre los modos en que los pibes y pibas transitan y sobrellevan sus trayectorias en la escuela pública, a la que considera como “el mejor lugar en el que pueden estar los pibes hoy” (p. 77). Para llegar esta conclusión, sugiere Valeriano, es necesario abandonar el lenguaje escolar, y poner el foco en otros aspectos que no se reduzcan a lo curricular, los contenidos, las prácticas docentes o los discursos psicopedagógicos.

Los verdaderos hacedores de la escuela son los pibes. Son ellos quienes la forjan, a la vez que la sobreviven, la sufren y la gozan. Además, en la escuela es donde instauran sus relaciones, alianzas, peleas y reconciliaciones. Crean en ella una realidad paralela, fabulada, separada de sus demandas pedagógicas y su burocracia. Conocen las características de la cancha en la cual juegan, y en el choque con ese mundo adulto se produce una interferencia que transforma al espacio escolar en un sitio caótico y amenazante para las expectativas de quienes se supone que están a cargo. En esa escuela irreconocible, insoportable, atroz, festiva e intervenida por los pibes, son ellos quienes perciben lo insospechado, y quienes pueden recomponer los deseos, dolores y preguntas jamás expresados (p. 78).

En conclusión, esta edición de “Semilla de crápula” en la cual se suman los textos de César González, del Colectivo Juguetes Perdidos y de Diego Valeriano, permite pensar en otros modos de ir al encuentro de los “crápulas”, que partan del resquebrajamiento de las idealizaciones metodológicas y las coerciones institucionales. Estar presentes en lo que acontece, y dispuestos a ser permeados por los dolores, las heridas y la intensa movilidad

que se produce en esos espacios de lo silvestre, propician no solo el surgimiento de un vínculo de mutua potenciación, sino también la posibilidad de una escritura radical capaz de reponer el hedor de esos cuerpos irreverentes y arrolladores, así como también el fragor de las conquistas y las derrotas que junto a ellos podemos vivir.